

Prefacio

Julio de 2013, Mombasa, en la costa del océano Índico. El presidente de la Comisión para la aplicación de la nueva Constitución keniana me ha invitado a presentar mi sistema de liderazgo virtuoso ante medio centenar de diputados, senadores y gobernadores.

Por mi parte es la primera vez que me dirijo a políticos. Llega el momento de las preguntas, y Gerald Otieno Kajwang se levanta.

Kajwang es un senador famoso, muy corpulento. Con frecuencia ha recurrido a la fuerza física para defender sus ideas.

Pues bien, este individuo coge el micro y dice: «Alexandre, predica usted a un público que no es el suyo. Somos políticos precisamente porque no somos virtuosos. Somos, todos los aquí presentes, bandidos, y quizá hasta criminales. Es nuestro trabajo».

La sinceridad de sus declaraciones me cogió por sorpresa. Pero me repuse:

—El hecho de que sea usted un bandido y un criminal no supone un problema.

Kajwang me miró estupefacto.

— No, el problema no es que sea usted malo. El problema es que es pequeño. El problema del mal no es el mal en sí: es la disminución del ser, el estrechamiento del corazón, el raquitismo espiritual que implica y la catástrofe estética que provoca. Es la disminución de ser lo que constituye un problema para usted, y estoy aquí para ayudarle a remediar el problema, porque un ser pequeño es un ser feo.

Kajwang se calló humildemente. Al año siguiente murió de un paro cardíaco. Tenía 55 años.

Más tarde me enteré de que cambió profundamente en el mes anterior a su muerte: convirtió su corazón. Había salido de su pusilanimidad ramplona para entrar en la esfera sublime de la magnanimidad, de la grandeza y de la belleza. Kajwang se convirtió en una persona magnífica, un ser noble y libre.

Son muchos los que toleran ser malos, pero pocos los que toleran ser pequeños. Son muchos los que toleran tener una voluntad perversa, pero pocos los que toleran tener un corazón raquítico.

La educación del corazón, eso es lo que todos necesitamos para levantar el vuelo como águilas y dejar de batir las alas como pollos de corral.

Alexandre Havard